

APORTACIONES PARA EL MEJOR CONOCIMIENTO DE UN AREA SUBURBANA

por Esperanza Molina

En el presente trabajo, forzosamente limitado de espacio, quisiera dar una visión de conjunto de un grupo humano, estudiado y observado por mí durante siete años (1957-1964) y que parece una de las muestras que existen en nuestro país para ayudar a la comprensión de ese fenómeno hoy día universal que es el desplazamiento de grandes masas rurales a los centros urbanos para integrarse en el desarrollo técnico e industrial. Es obvio que intentar dar una imagen completa no ya del fenómeno, sino siquiera de un grupo concreto y reducido es inútil pretensión de un artículo y requiere por lo menos una monografía, por lo que me limitaré a una descripción esquemática del sector suburbano en el que el grupo está insertado, de cómo este grupo tiene su propia identidad y coesión muy fuerte dentro de dicho sector y por último una historia breve acerca de sus orígenes y asentamiento. Todo ello de una manera descriptiva y ligera, pero sin que esta ligereza suponga en ningún momento menoscabo de autenticidad.

Si bien el departamento en el que desarrollo habitualmente

mis actividades y con el que están más o menos estrechamente vinculadas las personas que colaboran en esta publicación, dirige sus saberes y sus esfuerzos al estudio del campo americano e incluso asiático, mi trabajo no se aparta excesivamente de estos objetivos, por cuanto la muestra escogida, haciendo algunas salvedades importantes, puede ser válida casi universalmente, ya que los desplazamientos, las comunicaciones y los gigantescos controles económicos internacionales facilitan la «standarización» de imágenes y patrones culturales en cualquier parte del planeta.

Por lo tanto, es mi modesta opinión, que las diferencias importantes que puedan plantearse entre un grupo suburbano de Lima, Boston o Madrid, son debidas a la diversidad de origen que incidirá sin duda intensamente sobre la primera generación y muy débilmente sobre la segunda después de la cual prácticamente se anula.

He escogido especialmente este grupo por estar muy próximo en el espacio, por haber tenido con él una estrecha y larga convivencia y por ser entre los que rodean nuestra capital el más característico, debido a su fuerte identidad y coexión. Por otro lado, sobre este grupo, a lo largo de quince años, ha recaído una fuerte acción social, tanto privada como pública, de personas y entidades, hasta el extremo de poder decir que en los años 1955-65 ha sido realmente el laboratorio sociológico de Madrid. Además, una tan continuada acción social ha producido ya unos resultados cuya magnitud y complejidad no puede recogerse ni mucho menos juzgarse en el presente trabajo, cuyos objetivos y límites excede por completo.

Generalidades del Sector.

En la zona sur-sureste de Madrid y entre los tendidos de ferrocarril de Madrid-Barcelona y Madrid-Andalucía, separado de Palomeras Altas y Bajas por la vía del tren y limitando con el río Manzanares, se encuentra una enorme extensión de terreno cubierta de casitas bajas a imagen de los pueblos andaluces, otras de reciente construcción, otras de cuatro pisos y torres; calles urbanizadas bellamente con zonas ajardinadas y otras sin urbanizar, que se llama Entrevías.

Desde el centro de Madrid (Atocha), se accede al sector a través de la calle de Méndez Alvaro, que merecería trabajo aparte por encontrarse en ella concentradas las industrias más importantes de Madrid y ser zona de fricción y gran tensión social.

Pasando el «Puente de los tres ojos» entramos en una zona de huertas con alguna fábrica importante, los depósitos de la Campsa y una muy pequeña comunidad de gitanos que tienen allí vivienda estable (ignoro si las familias que viven allí son siempre las mismas, o se suceden unas a otras). En estos momentos se está llevando a cabo el vaciado para la avenida de la Paz, por lo que dentro de muy poco la fisonomía habrá cambiado.

Entramos ya de lleno en la avenida de Entrevías, que atraviesa todo el sector y termina sirviendo de demarcación de los Barrios Pozo Nuevo y Pozo Viejo, que constituyen el «Pozo del Tío Raimundo», que es exactamente el grupo objeto de este trabajo.

En estos momentos, y a nivel de Ministerio, existe un «Plan de Actuación de Entrevías», que se encuentra en pleno y activísimo desarrollo, y que recogiendo lo positivo de todas las experiencias anteriores planifica totalmente el sector, aprovechando su buen índice de integración y su especialísima agilidad para convertirlo en una de las más interesantes zonas de expansión de Madrid.

Entrevías, todo el sector en general y particularmente el barrio conocido como «Pozo del Tío Raimundo», es uno de los experimentos de tipo social más completos de nuestro país a nivel privado, estatal y de otras organizaciones.

Por ejemplo, dice Moneo, refiriéndose concretamente al problema de la vivienda: «Entrevías es, sin duda, la toma de contacto en nuestro país, después de la guerra, con las viviendas obreras de un Gropius, un Tant o un Oud».

Hay que tener en cuenta que si bien la atención asistencial y social (especialmente de los organismos estatales) se volcó en el problema de la vivienda, en seguida, las personas que tuvieron contacto directo y continuo con el barrio, tomaron conciencia de que existía un trasfondo de profundas diferencias culturales y sociales.

Atacar primero el problema de la vivienda era lógico desde la perspectiva urbana, pues lo que más llamaba la atención y chocaba era la imagen externa tan alejada del urbanismo convencional. Por otro lado, era lo más remediable de una manera concreta e inmediata. La acción en Entrevías se ha visto siempre desde los organismos oficiales como una lucha contra el chabolismo.

Los que han vivido allí y han visto transformarse el barrio, sienten cómo el cambio ha sido tan importante que no son las calles ni las casas las que han alterado su fisonomía, sino las gente, su aspecto, su comportamiento, en definitiva: su forma de vivir.

Aún más, el problema del chabolismo fue la llamada de atención sobre el sector. Se puede pensar que su transformación habría sido muy lenta o hubiera seguido otra trayectoria quizás similar a la de otros barrios de Madrid, si nunca se hubiera trazado el «Plan de Entrevías».

Entrevías es un amplio sector obrero que consta de varios barrios o núcleos. Tal y como quedaron fijados en 1956, en que empezó la actuación oficial, son como sigue:

Entrevías Viejo	834	chabolas enquistadas en las construcciones más recientes.
Entrevías Nuevo... ..	860	chabolas.
Ahijones	378	»
Prado Lombardo... ..	203	»
Barrio Obrero... ..	239	»
Pozo Tío Raimundo... ..	1.714	»
Celsa	90	»
<u>Total</u>	<u>4.318</u>	<u>chabolas.</u>

Su distribución y situación exacta puede verse en el apéndice gráfico.

Cada uno de estos barrios tiene características y densidades de población diferentes, si bien las distintas actuaciones estatales, así como la integración de sus habitantes, va borrando paulatinamente estas diferencias.

Los barrios de Prado Lombardo, Entrevías Nuevo y Barrio Obrero, quedaron unificados con la construcción de un

Poblado de Absorción número 1 (1957). Constaba de 750 viviendas y el Proyecto fue obra de los arquitectos Ambrós Escanellas, Queirazeta y García Beneito.

Por sus características particulares merece mención especial el barrio llamado Entrevías Viejo.

En primer lugar, dentro del fenómeno general del chabolismo, ofrece la particularidad de tener las chabolas incrustadas en edificaciones y viviendas existentes anteriormente, y ahora que el sector general ha cambiado de fisonomía, este barrio la conserva como en los años 40 y 50. Esto es debido a que la actuación en este barrio quedó paralizada, mientras que la creación del «Poblado Dirigido» y «Poblado de Absorción» transformó los barrios de Ahijones, Entrevías Nuevo, Prado Lombardo, etc.

En 1958, se redactó un proyecto para expropiar y derribar el 80 % de las chabolas, verdaderamente infrahumanas, que destacan por su índice de miseria, incluso en un barrio cuya imagen es la de la pobreza.

En el Congreso de Urbanismo de Santiago de Compostela de 1961, que tenía por objeto el replanteamiento de complejos urbanísticos ya existentes, con el problema de conservación y respeto a lo ya construido, los arquitectos españoles (jóvenes e inquietos) que representaban a España, llevan como tema de trabajo el replanteamiento de Entrevías Viejo. Después de este Congreso, el equipo de arquitectura, con gran preparación técnica y un gran sentido humano y social, queda constituido definitivamente y se inicia la creación de un nuevo plan, aprobado por la Comisaría de Ordenación Urbana y Ayuntamiento de Madrid en 1962, que pone fin después de *veintiún años*, a un estado angustioso y absurdo.

Lo atractivo de este último plan (aparte de resolver un caso tremendo) es que tiene una gran flexibilidad y es muy popular, porque deja a los vecinos una gran iniciativa y rompe por completo la monotonía. Esta gran aceptación popular, según el equipo técnico que lo está realizando, se manifiesta a través del entusiasmo con que se están retranqueando fachadas, levantando más pisos y haciendo la acometida de los servicios.

Dentro del sector de Entrevías, lo que se llama el «Pozo»

familiarmente, o Pozo del Tío Raimundo, o en los documentos oficiales Poblado Dirigido de Entrevías, ocupa en su mayor parte lo que en el plano aparece con el nombre de Ahijones.

Ya nos vamos acercando al objeto específico del presente trabajo. Si bien hemos querido empezar con una descripción muy somera del sector general de Entrevías, la intención era localizar lo más exactamente posible el Pozo del Tío Raimundo, especialmente por que la información de primera mano que se aporta ha sido recogida exclusivamente en este barrio. Este exclusivismo, puede parecer ridículo desde la perspectiva madrileña que todo lo iguala y uniformiza (sobre todo cuando se hacen rápidas visitas en coche) pero cuando se ha vivido allí, cuando el barro ha bloqueado las viviendas durante una semana; cuando se ha visto trazar las calles y subir los pisos y se ha conocido una por una cada familia, nacer a los niños y verlos ponerse su primer «baby» blanco, la perspectiva generalizadora se pierde, el círculo se estrecha y se tiene conciencia de pertenecer a algo muy propio e íntimo que nos diferencia y separa de los demás y que nos une e iguala entre nosotros.

Pero no es naturalmente una razón íntima y vital la que me obliga a limitar mi trabajo al Pozo, sino algunas más objetivas, como ser un grupo que teniendo un origen disperso, ha llegado a una fuerte cohesión y tiene gran identidad, al extremo de que su nombre ha desbordado los pequeños límites del barrio y ha llegado a ser sinónimo de Suburbio, casi una abstracción, como veremos más adelante.

A partir del año 1955, un grupo universitario centra su actividad social sobre este barrio, trasladándose más tarde en su mayoría a vivir allí y actuando como «cultural brokers», es decir, como personas que se desplazan de su entorno socio-cultural normal, se integran en el grupo y sirven de activador y canalizador del desarrollo e integración del mismo, mientras que también por su preparación, sirven de intermediarios y portavoces del grupo frente a los organismos oficiales que pueden prestarles ayuda y resolver sus problemas.

Generalmente, un grupo socialmente marginado acepta su situación marginada, enterrando sus deseos de cambio en

una rutina paralizante y fatalista. Cuando en este grupo aparece un elemento perturbador, las aguas remansadas se agitan, lo que parecía dormido despierta y generalmente se consiguen objetivos positivos.

Si esta toma de conciencia del grupo como una unidad, se convierte en integración paulatina y el movimiento inicial se lleva a un fin (aunque siempre lejano de la meta aspirada) la realidad del cambio será evidente como ocurre en el barrio que nos ocupa.

Y digo evidente, porque se ve a primera vista ya que haciendo el itinerario normal de Atocha al Pozo Viejo, se puede apreciar el proceso de integración reflejado en las distintas imágenes que el barrio va ofreciendo .

Después de un largo proceso de transformación que empezó con el replanteamiento urbanístico del barrio. Para ello tuvieron que organizarse los vecinos en cooperativas, recabar la atención de los organismos oficiales y relacionarse con entidades públicas y privadas. Muchos vecinos quedaron al margen y algunos adoptaron una postura hostil, pero se impuso la actividad y criterio de la mayoría.

Uno de los trámites más penosos fue el de los derribos de las casas viejas para el replanteamiento del barrio. Llegaron a hacerse al ritmo de diez diarias y tuve ocasión de ver de cerca la reacción de los interesados. Esta reacción era dramática y violenta, pues se debía a un miedo elemental a verse en la calle. Hay que tener en cuenta que esas casas las habían levantado ellos con sus manos y la ayuda de vecinos y familiares y era lo único estable que tenían. Ya habían roto con su pasado y todavía eran forasteros en la ciudad. Desconfiaban de promesas y papeles que no entendían o que ni siquiera podían leer y no creían que se les pudiera dar una casa nueva. Sólo sabían que otra vez tenían que empezar de nuevo. Además, los derribos llevaban consigo un ceremonial que impresionaba a estas gentes modestas. La presencia de la guardia civil, siempre imponente para los hombres del campo, las autoridades y los hombres que llevaban a cabo el trabajo con grandes máquinas que engullían una vivienda en veinte minutos contribuían al dramatismo del momento. Frente a este cuadro activo, de los que iban a lo suyo, una masa hostil de

mujeres y niños en silencio o llorando. A veces la reacción era violenta, como en el caso de una viuda, cuya casa quedó como una isla en medio de una explanada, porque los hombres de la máquina y el casco no se atrevían con ella, pues los atacaba con cubos de cal, agua hirviendo, etc., y fue necesaria la presencia del arquitecto, que era de su pueblo, y del comisario general de urbanismo, que le garantizaron personalmente y la llevaron a ver su vivienda nueva, para que accediera a abandonar su casa y pudieran derribarla.

Cuando se comenzó la construcción del nuevo barrio, se convocó a todos los cabezas de familia en una gran explanada y se les explicó la posibilidad de tener viviendas nuevas, calles urbanizadas, agua, luz, colegios, etc. Para ello sería necesario asociarse y la forma más adecuada sería constituyendo cooperativas. Muchos hombres se «apuntaron», pero otros, llevados de su desconfianza hacia «ellos» no lo hicieron. «Ellos» era un término amplísimo, en el que entraban los organismos oficiales, los ricos, los de Madrid, los de corbata y nosotros.

Más adelante, cuando he convivido con estas gentes sin reticencias ni distancias, he comprendido otros motivos más profundos que la pura desconfianza rural. Nosotros partíamos de la base de que las viviendas nuevas eran «mejores» que sus chabolas, lo que desde nuestro punto de vista era exacto, pero no desde el suyo. Habían llegado de su pueblo con la imagen del mismo en la retina, y sin querer habían reproducido algo de esa imagen en sus casas (nunca emplearía el término despectivo de chabola) que podían jabelgar cuando les viniera en gana (generalmente por semana Santa, por Pascua de Navidad y por San Juan). Tenían una sola planta, con lo que en el buen tiempo salían a la puerta de la calle a coser o charlar o jugar, sin más esfuerzo que sacar una silla. Por otro lado, poco a poco, con envases vacíos y material de deshecho podían irse haciendo un corralito en el que poner gallinas, conejos, el perro y una cabra, tender la ropa y trastear los domingos. Era la prolongación del mundo que habían abandonado. Además la anarquía de su trazado y las constantes renovaciones añadiendo y quitando piezas, da una gran sensación de propiedad. Para las personas de tradición urbana, la carencia de servicios como agua, luz y asfaltado, son desoladoras, pero

desde la perspectiva del que viene de un pueblo, la cosa no es tan grave, porque en muchos no tienen estos servicios y su carencia no era motivo suficiente para embarcarse en una aventura cuyo final no podían preveer.

Pasado el tiempo, la unidad «Pozo del Tío Raimundo» se ha escindido en dos mitades bien diferenciadas. Sin caer en generalizaciones peligrosas, se puede afirmar que el fenómeno de integración urbana en su imagen exterior y en su mentalidad, ha sido mucho más completo en el barrio nuevo que en el barrio viejo, que se mantiene como un fósil rural, con el desolado aspecto de un campo que no se cultiva y de un montón de casas que se quedaron al borde de la ciudad. Hoy día esta diferencia se señala en el barrio hablando de Pozo Viejo y Pozo Nuevo.

Diferencias entre Pozo Nuevo y Pozo Viejo.

Desde el punto de vista externo, las diferencias son manifiestas. En el Pozo Nuevo las calles están asfaltadas y tienen amplias aceras, aunque está abandonada la jardinería pública. Circulan líneas regulares de autobuses de la E.M.T., lo que pone en contacto regular el barrio con el centro urbano, con lo que esto significa de acceso a espectáculos, comercios, centros de estudios, etc., y es frecuente ver utilitarios de segunda mano o de matrícula extranjera (por trabajar algún familiar en Alemania, Francia u Holanda) que van sustituyendo a las motocicletas y motocarros que eran corrientes hace cinco años.

El servicio de recogida de basuras del Ayuntamiento hace su turno normal en el barrio y es típica la estampa de las mujeres esperando la llegada del «camión de la basura» con los cubos junto a ellas, la cabeza con «los rulos» cogidos y envueltas en una bata de nylon guateada.

En el Pozo Viejo, el trazado de las calles es todavía el primitivo (perpendiculares a la vía del tren Madrid-Barcelona) y carecen de asfaltado y aceras. Estas sólo existen bordeando cada casa y construidas por cada vecino. Las mujeres por las mañanas las barren e incluso las friegan. Por el centro de la calzada se ha trazado un surco al que se tiran las aguas residuales. La basura se amontona no lejos de las viviendas,

donde hay pequeños descampados, con la consiguiente agresión para la vista y el olfato. Es frecuente la estampa de las mujeres jabelgando la fachada con cubo de cal y escobones, y al medio día y por la tarde, cuando los chiquillos salen de la escuela, se les ve ayudar a su madre transportando el agua desde la fuente pública a su casa en recipientes de barro o de plástico colocados sobre la «carretilla del agua», de madera, construida por ellos especialmente con esa finalidad.

Cada casita tiene anejo un pequeño corral y trastero y algunas familias, haciendo en él un pozo negro, han instalado un pequeño WC. En algunos de los que yo he entrado, clavado detrás de la puerta, había una fotografía del Cordobés. He preguntado a la dueña de la casa (madre de familia numerosa) cómo habían tenido esa ocurrencia, y me han dicho «... porque es en el único sitio que puedo mirarlo a gusto». En otras casas es un calendario con alguna chica rubia en bañador o una estampa de la Virgen o del Sagrado Corazón, o bien del Niño del Remedio.

Abandonando la imagen externa, vamos a señalar algunas diferencias que representan un cambio más profundo.

Ocupaciones de las mujeres; me refiero a las ocupaciones fuera de casa, es decir, al trabajo retribuido para ayudar a sacar la familia adelante, pues las tareas domésticas recaen siempre sobre las mujeres de la familia.

En el Pozo Viejo sigue siendo el trabajo de las mujeres en una gran mayoría, el trabajo doméstico, si bien ha casi desaparecido la permanencia fija en una casa, y se ha extendido la modalidad de asistenta por horas. Hay un hecho, si no numeroso, sí bastante frecuente. Como en el Pozo Viejo hay un predominio de matrimonios mayores, los hombres no encuentran trabajo o es muy inestable o de baja remuneración, lo que ha provocado un cambio de los papeles tradicionales. Es la mujer la que «sube» a Madrid a asistir, porque gana doble salario que el marido y este queda en casa haciendo los pequeños recados y cuidando la comida. A veces atiende en la misma vivienda un puesto de pipas y chucherías para los chiquillos. Esta situación es muy palpable en la panadería, donde he podido constatar durante varias mañanas que es superior el número de hombres mayores de cuarenta años

que el de mujeres que van a comprar el pan. Excepto a partir de las doce y media que acuden chiquillas recién salidas de la escuela con su «baby» blanco. Las chicas jóvenes salen por la mañana y vuelven entre las seis y siete de la tarde, con el dinero del día y el bocadillo que les han dado para la cena. Suelen ser agresivas y desagradables, especialmente con su madre, y es muy frecuente oír broncas y reproches entre ellas, simplemente pasando por la calle. Su forma de vestir es ostentosa y excesivamente moderna. Los días de fiesta están hasta el medio día en bata y sin arreglarse y nada más comer se van a bailar a alguna sala de juventud de Madrid. A los amigos y acompañantes casuales suelen ocultarles su domicilio o su trabajo, diciendo que viven en Madrid con unos tíos o que son enfermeras o colocadas en los grandes almacenes. Nunca bajan estos chicos a sus casas ni les presentan a sus padres. Una gran mayoría van a trabajar más tarde al extranjero, llevándose otros hermanos más jóvenes, o se casan, forzadas por las circunstancias, con algún chico del barrio que todavía no ha hecho el servicio militar, y se meten en casa de la suegra, iniciando así una vida sin ninguna madurez personal y sin horizontes de progreso.

En el Pozo Nuevo, ha variado radicalmente el trabajo de la mujer. En general, los cabezas de familia tienen empleo estable, hay algunos empleados e incluso titulados universitarios que han encontrado allí vivienda digna y amplio campo para desarrollar sus inquietudes sociales. Una buena parte del trabajo de los cabezas de familia, es absorbido por la cooperativa de construcción, que sirve además de aglutinante y catalizador social.

Por consiguiente, el trabajo de las mujeres es de carácter complementario. En general no abandonan la casa, sino que cogen costura de muy variadas clases (principalmente plásticos, corsetería y llamada de batalla) y la realizan dentro de su hogar. Para ello han comprado una máquina de coser plegable a plazos, que los domingos cubren con un paño de plástico imitando encaje y un florero con flores de plástico. Las chicas (al menos de las que yo tengo noticia) trabajan en peluquerías (algunas las explotan directamente en el barrio); talleres de los grandes almacenes, oficinas, editoriales, y casi

todas realizan algún estudio extra (idiomas, mecanografía, bachillerato laboral, etc.), unas trescientas están matriculadas en el Instituto de Enseñanza Media, dedicándose sólo a estudiar, y en general están muy ligadas a las instituciones del barrio (club-juvenil, parroquia, escuela profesional, etc.), pasando el tiempo libre en alguna actividad dentro del barrio. Están bastante al corriente de la vida nacional y con naturalidad bajan amigos y novios al barrio, pues son conscientes de tener casas nuevas y decorosas y de que el Pozo Nuevo está ya asimilado a Madrid.

Es conmovedor ver como estas mujeres (jóvenes y mayores) se han esforzado en arreglar sus casas y ponerlas al día o «modernas de ahora» (en expresión frecuentísima allí) aunque de una forma peculiar, bien a su pesar. Por ejemplo, es característica la foto de boda con un gran marco en el comedor-cuarto de estar que ellos llaman «salón». La mayoría, cuando se casaron, no estaban para esas florituras de la fotografía, pues bastantes incluso, se casaron cuando ya estaban en Madrid y tenían familia numerosa, para poder arreglar «eso» de los puntos y los derechos (Seguro de Enfermedad, subsidio, etc.), pero una vez estabilizados y con casa nueva de su propiedad, deciden que no puede faltar la foto de la boda y un cromó representando la Sagrada Cena (seguramente como vieron en la casa del cura o de los ricos del pueblo) para ello han entregado a un fotógrafo ambulante dos fotos de cuando eran jóvenes y él hace una composición añadiéndole a la señora velo o sombrero a gusto, y al señor corbata o lazo de pajarita. Le pone marco y lo cobra todo por semanas en unos plazos inagotables, pero modestos.

Hoy ha cambiado, y los que se casan (esto es común para el Pozo Nuevo y el Pozo Viejo) suelen llevar sus trajes de ceremonia alquilados y tienen foto de verdad y banquete en algún bar del Puente de Vallecas.

Otras diferencias notables.

Es muy destacable la diferencia existente en la instrucción que reciben los niños en uno y otro barrio. En el Pozo Viejo asisten con asiduidad a las escuelas públicas hasta los 12 y 13

años. A duras penas llegan a los 14. Las niñas porque se quedan al cuidado de la casa y los hermanos pequeños para que la madre pueda ir a trabajar, o si estos pequeños son muy numerosos siempre tiene que estar «arreglando papeles» de la Seguridad Social o con ellos en el médico o en otro sitio, y la niña mayor es su ayuda más eficaz. Los chicos antes de los catorce años empiezan a hacer recados, o colocarse intermitentemente, especialmente en vacaciones, y ya no vuelven a la escuela o lo hacen irregularmente por miedo a la multa o a la Inspección.

Muchos padres, que han hecho un gran sacrificio económico y de cambio de mentalidad, se quejan (con justificadísima razón, pues conozco su problema) de que han tenido a los hijos estudiando hasta los dieciséis o diecisiete años y ha sido imposible colocarlos, teniendo que entrar de peones o aprendices como entraron ellos, pero con más años. Entonces la superioridad de conocimientos es sólo un elemento perturbador que incluso está mal visto entre los patronos. La mayoría de estos chicos no tienen otra opción que emigrar, y para ello sí que supone un tanto positivo la mejor preparación.

Sin embargo, en el barrio nuevo este problema, aun existiendo, está más atenuado, y yo creo que se debe a varias razones.

La primera, es haber roto la barrera que aislaba el barrio de Madrid, al tener buenas y regulares comunicaciones.

La segunda, vivir en el barrio nuevo varias familias y matrimonios jóvenes universitarios, incluso titulados en ejercicio, que estimulan con su presencia las aspiraciones de los jóvenes; y tercera, un tremendo, casi rabioso afán de superación. De tal manera podemos señalar como *característica diferenciadora* más importante entre el Pozo Viejo y el Pozo Nuevo, el gran despegue hacia la cultura de este último. Intentaremos explicarlo. En el Pozo Viejo, los horizontes están cerrados. No es problema de economía ni de puestos escolares. Estos, abundantes y bien servidos, están a disposición de todos, y la situación económica es muy similar para unos y otros, pero en el Pozo Viejo existe un adormecimiento, una falta de estímulo, que lleva a los hijos a seguir la trayectoria laboral de sus padres, sólo que un poco mejor alfabetizados. Sin embargo,

en el Pozo Nuevo, cualquiera que se tome la molestia de bajar alguna vez, a través de alguna conversación o en alguna reunión entre personas jóvenes, puede percibir una especial tensión, una avidez que puede ser incluso agresiva. Hace poco tiempo, escuchando a un grupo de estos jóvenes y fuertemente impresionada por su coraje y su forma un poco hambrienta de reclamar información, de una manera reivindicatoria pensaba en qué profunda transformación va a experimentar la cultura y la universidad cuando estos jóvenes accedan a ella, dentro de tan pocos años, ya que prácticamente el fenómeno está ahí. El desajuste va a ser (es ya) tan radical, que se me ocurre pensar qué es la causa principal (en el mundo entero) de los conflictos universitarios. Parten de una ruptura con el pasado, especialmente el mundo clásico y cristiano, que es la base de la hasta ahora cultura occidental y oyéndolos queda muy clara la expresión ya aceptada de contracultura, aunque yo pienso que no es contra nada, sino cultura nueva, que resulta de que las personas que acceden a ellas parten de contextos mentales y sociales distintos. No es el caso aislado de un chico que partiendo de familia modesta iba a la universidad para transformarse en un pequeño burgués, renegando de su clase. No. Es una masa joven y preparada que reclama el derecho a aprender por sus propios méritos y va a construir otra cultura con elementos distintos y con otros objetivos.

Ellos saben perfectamente que un hombre que no sabe no vale nada, y que la estrechez económica y social que empujó a sus padres a emigrar fue consecuencia de la ignorancia y el absentismo, y son conscientes de que ellos son muy distintos y de que el cambio es irreversible.

Es alentador pensar que esta activación social se debe al cambio de medio (ya que no encuentro otra explicación para ello) pues es impalpable la línea que separa los dos barrios y sin embargo en el Nuevo se da el fenómeno y en el Viejo no.

En el Instituto de Enseñanza Media (que no existía cuando yo vivía allí) hay matriculados unos mil trescientos alumnos entre chicos y chicas, habiendo setecientos varones y seiscientas hembras, lo que habla claramente de que no existe discriminación en las familias para proporcionar a sus hijos Enseñanza Media. El COU en estos momentos tiene treinta alumnos,

pero es el primer año que funciona, y los cursos bajos son numerosísimos y en encuestas realizadas entre los alumnos, la mayoría pensaban seguir estudios superiores. Profesores pertenecientes al Instituto, me han confirmado rotundamente que la inmensa mayoría de alumnos proceden del barrio nuevo, algunos de otras zonas de Madrid y muy pocos del Pozo Viejo, sin poderme dar cifras exactas por falta de tiempo.

En el interior de las viviendas se mezclan más similitudes y diferencias. Por ejemplo, exceptuando a la gente joven, el vocabulario de las mujeres es muy parecido. En ambos sitios suelen ser parlanchinas y liosas, muy preocupadas por que la apariencia de la vivienda aparente buena situación económica, y siempre establecen comparaciones entre su casa y las demás, juzgando la calidad de las personas, especialmente de la mujer, por el estado de limpieza de la vivienda. Se cuidan mucho más de su limpieza y adorno que de su confort, incluso sacrifican este último con bastante frecuencia en aras de su apariencia. Es muy frecuente, por ejemplo, que dos hermanos duerman en la misma cama «por no tener dinero para comprar otra», mientras la madre se gasta una suma desorbitada en comprar cortinas para el comedor.

Podríamos seguir señalando notas diferenciadoras, internas y externas de los dos barrios y este artículo no terminaría nunca. Espero que halla quedado claro cómo del mismo núcleo de origen han surgido dos barrios muy diferentes en el presente y mucho más cara al futuro. Creo que esto nos lleva a una reflexión inmediata. Sobre un barrio (el Nuevo) ha incidido una actuación pública y privada fuerte, organizada y dirigida a un fin: transformar el medio ambiente; y los resultados, después de quince años, están a la vista.

Orígenes de la comunidad.

En 1956 fue mi primera toma de contacto con el Pozo del Tío Raimundo. Su imagen me había impresionado tan fuertemente, que decidí instalar mi domicilio allí. Quería saberlo todo acerca de aquellas gentes: quiénes eran, de dónde venían, cómo y por qué. Como se desarrollaba su vida cotidiana. Por qué éramos tan distintos viviendo en la misma ciudad y a pocos

kilómetros de distancia. Poco a poco, a lo largo de una estrecha convivencia, encontraría respuesta a casi todas estas preguntas, a otras, confieso que las sigo buscando.

La primera imagen de miseria que yo había retenido, una vez instalada en el barrio fue desapareciendo. El aire era muy limpio, el horizonte amplio. Se veía claramente el Cerro de los Angeles y Madrid envuelto en una nube gris. Hierbajos muy altos cubrían el suelo (creo que eran garbanzos) y las chabolas se alineaban en calles perpendiculares a la vía (Pingarrón, Santanderina y Glorietas) y que durante mucho tiempo fueron el núcleo urbano más importante, un verdadero centro social, pues en ellas vivían los vecinos más antiguos y prestigiosos, se encontraba la capilla y la casa en la que se atendía a los curas, a los médicos, etc. De allí, de las tertulias que en el buen tiempo se formaban cada uno con su silla, desde el atardecer hasta la noche, iba saliendo la idea de que había que hacer algo, que teníamos que unirnos y organizarnos. Nos íbamos conociendo por nuestros nombres de pila (los apellidos no se usaban ni se usan). Iban haciéndose confianzas, proyectos. Cuando se apagaba la luz del día, se encendían los carburos y las conversaciones se hacían más íntimas. Alguna mujer o algún hombre venían en busca del médico porque una iba a dar a luz, algún chiquillo se moría o alguien echaba sangre a consecuencia de una riña. A veces el médico venía para volverse a marchar acompañado del cura.

Ante la falta de luz y de agua sobre todo, las mujeres ciudadanas estábamos indefensas y tuvimos que aprenderlo todo de nuestras vecinas, que nos fueron enseñando lo que ellas conocían desde niñas, de tal manera que nuestra superioridad de universitarias fue perfectamente inútil, al menos en aquellos primeros años.

Seguramente esta carencia de medios y el aislamiento total respecto a Madrid (no existía ninguna vía urbanizada ni ningún medio de transporte organizado) nos obligaron a depender unos de otros muy estrechamente y llevar una fuerte vida comunitaria.

A medida que fueron mejorando las condiciones de vida, este sentido comunitario se fue debilitando de una manera

natural, sin romper definitivamente los primeros lazos de unión.

Formación inicial y poblamiento.

A partir de 1960, el Pozo del Tío Raimundo no tiene de rural nada más que el nombre. En los años 1955-57, el suelo conservaba el trazado de los surcos que nadie cultivaba.

Hacia 1925, el tío Raimundo, que tenía una finca rural por aquellos alrededores, mandó construir un pozo para que abrevaran las bestias y se regaran los campos. Parece que este fue el origen del nombre que se mantiene actualmente.

En este año se instala una vaquería de un asturiano que fue el primer forastero que vivió en estas tierras. La vaquería sobrevivía en 1960.

Más tarde, un vallecano puso una taberna que no he podido localizar. Pero el habitante más representativo y profético fue sin duda un labrador de Martos (Jaén) que en 1927 vino a Madrid en busca de trabajo.

En los años 50 su caso se multiplicaría y de su pueblo seguirían su ejemplo la casi totalidad de sus habitantes.

Hasta 1940 existían en el Pozo cinco casas, con cinco familias. Es claro que estos habitantes no suponían ninguna inquietud para Madrid.

Hacia 1942 y hasta el año 1956 (coincidiendo con los llamados «años del hambre») la oleada inmigratoria crece incesantemente, empezando a llamar la atención de los madrileños y sobresaltando a las autoridades, que hasta entonces prácticamente habían ignorado el problema.

En 1956, la Comisaría de Urbanismo impide que se construyan más chabolas, elaborando un censo que se encuentra en los archivos del sótano del Ministerio de la Vivienda, que consta de una ficha grande con fotografía de la casa y de las personas que la habitan. Los datos que recoge este censo se refieren al cabeza de familia, y por ello, entre otras cosas podemos reconstruir su origen.

<u>Pozo Viejo</u>	<u>Pozo Nuevo</u>
Andalucía 48 %	Jaén 26 %
Extremadura 22 %	Toledo 20 %
Toledo... .. 6 %	Córdoba... .. 18 %
Ciudad Real 5 %	Ciudad Real 10 %
Cuenca 5 %	Extremadura 8 %
Madrid... .. 5 %	Cuenca 2 %
Diversos 9 %	Valladolid 2 %
	Huelva... .. 2 %
	Segovia... .. 2 %

Es fácil observar que el número de familias emigrantes es inversamente proporcional a la renta «per capita» de la zona de origen. También se podía observar sobre el terreno, aunque no se refleje en los porcentajes, que la influencia de emigrantes era mayor en las épocas de paro en las faenas del campo.

Cómo llegaron estas gentes hasta el Pozo, sólo puede conocerse a través del relato del propio sujeto. Todas las historias oídas repetidas veces se parecen unas a otras, pero para el protagonista conservan la imagen de una epopeya personal. En general, tenían dolorosos recuerdos de la guerra civil, que no conseguían borrar en el pueblo de origen. Se les cerraban las ya de por sí escasas posibilidades, y el trasiego que supuso para las gentes del campo la guerra, les habían hecho adivinar otros horizontes.

Los más jóvenes y emprendedores decidían venirse en busca de una vida nueva, de trabajo y de escuelas y médicos para sus hijos. Hablaban de sus noches en blanco, de su miedo a lo desconocido, de su pena por dejar sus viejos y sus muertos. Pero se decidían, Vienen con lo puesto y casi sin billete, y antes de llegar el tren a la estación se arrojan en marcha y buscan algún pariente para pasar la noche.

Cuando han conseguido un trabajo medianamente estable, llaman a la familia, pues se encuentran muy solos; y en un día, con ayuda de la mujer, los niños pequeños, parientes y vecinos, levantan un techo, pues vagamente han oído contar que si duermen una noche no es fácil echarles de allí.

Levantadas las cuatro paredes y cubiertas éstas, meten la cama (generalmente una grande para toda la familia) las

ropas que se echan encima, los barreños y algunos cacharros desportillados de cocina que componen todo su ajuar.

Una de las primeras cosas que estos hombres tan vivos y tan acosados aprenden es a firmar, pues era el requisito imprescindible para tomar el sobre con el sueldo.

Muchos de estos hombres, o sus hijos ya crecidos alrededor de 1962, repitieron su experiencia emigratoria hacia Europa; y no resistió la tentación de contar una anécdota formidable recogida de un informante valioso y protagonista de la misma. Le llamaremos Tomás.

Me contó que cuando llegaron a la estación de Ginebra, por primera vez oyó que por los altavoces ordenaban a los españoles que se congregaran en un andén, y él se dio cuenta de la lamentable estampa que ofrecían con sus bultos, sus paquetes de comidas y sus maletas. El gendarme que solicitaba la documentación rechazaba a la mayoría, que se quedaban en una situación angustiada: sin dinero, sin entender nada y sin saber qué hacer; entonces abandonó el equipaje, se puso una corbata que llevaba por casualidad y se compró un periódico. Con su corbata y su periódico debajo del brazo, sin bultos, pasó los controles con toda facilidad. El ejemplo se extendió y este hombre no puede calcular el número de españoles que pasaron a Ginebra a trabajar «vestidos de señorito».

Esta anécdota intercalada, puede servir para ilustrar cómo estos hombres que no se resignan a una situación penosa se ven obligados a improvisar constantemente y a vivir un perpetuo cambio.

Identificación del grupo.

Hemos hablado muy someramente cómo un espacio vacío hasta 1942 se fue rellenando con una población de aluvión, sin arraigo ni tradición en el lugar de asentamiento. ¿Cómo este núcleo de población, en el corto plazo de cinco años, pudo adquirir consistencia y proyectarse al exterior?

Fuera de sus límites físicos, el Pozo del Tío Raimundo es ampliamente conocido, y todo el mundo sabe a qué hace referencia esta denominación. Por lo tanto, es un grupo con nombre propio, por medio del cual se le identifica perfecta-

mente y sabido es que el nombre es el primer dato para averiguar cualquier identidad. ¿Qué proyección tiene este nombre sobre los demás? La imagen que suscita es muy diferente según el medio.

Para las autoridades oficiales es un problema de urbanismo que sin duda encierra un problema humano que hay que planificar, resolver, presupuestar, etc.

Para las personas y entidades preocupadas por los problemas sociales es un ejemplo de lo que no se puede eludir. Es una llamada de atención sobre la realidad. Es una muestra y un laboratorio.

Para el madrileño medio es algo insólito e inesperado. Algo con lo que no contaba. El madrileño de los años cincuenta ni podía sospechar que «su Madrid» tuviera estas sorpresas desagradables. Pocero (habitante del Pozo) empieza a tomar un matiz despectivo y peyorativo como sinónimo de intruso, advenedizo, miserable, paleta e incluso delincuente. Esto es más patente en las personas modestas, para los que ser madrileño supone una categoría.

¿Qué factores determinaron que un grupo de origen tan diverso, asentados sobre una tierra nueva, adquiriera la suficiente identidad como para ser reconocido con un nombre propio? ¿Qué rasgos característicos lo configuran?

Yo creo que podemos dividirlos en dos clases: factores internos y externos.

Factores internos: *a)* En principio una cierta unidad de origen en el primer grupo asentado, en las primeras familias, lo que hace que éstas se conozcan entre sí y exista entre ellos una estrecha cooperación. El prestigio, la edad y la fuerte personalidad de algunos hombres instalados en estos primeros momentos, y que muchas veces asumen el papel de autoridad, aceptado y reconocido por todos.

b) Un nivel económico muy parejo, pues aunque en sus lugares de origen no todos eran igual de pobres, la llegada a Madrid y su situación laboral los iguala, siendo muy comunes a todos los problemas de trabajo y de dinero.

c) Su situación civilmente irregular, pues no eran ciudadanos reconocidos legalmente, por habitar una zona verde, donde no podían construirse viviendas.

Factores externos: 1) Su oportunidad. El «caso» Pozo del Tío Raimundo se presentó en el momento oportuno, es decir, cuando Madrid salía del período de reconstrucción e iniciaba su expansión y cuando en algunos medios de opinión sensibles empezaban a preocupar seriamente los problemas de tipo social.

2) Su aislamiento físico. Este aislamiento provocó la creación de costumbres y tradiciones dentro del grupo (romería, verbena, fiesta del primero de mayo, procesiones, cofradías, etc.), que contribuían al conocimiento y relaciones entre los vecinos ante la dificultad de comunicarse con otros grupos. La vía del tren los separaba de otros barrios parecidos y la falta de vías de comunicación con el centro urbano. Cuando estas vías se han establecido, las fiestas y reuniones propias del Pozo han perdido interés por poder ir a otras diferentes y por la afluencia de «forasteros» que le han quitado su carácter íntimo.

3) La posibilidad de proyectar una intensa acción social sobre una zona muy concreta y determinada.

Quisiera que estas breves y desilvanadas notas, resumen de un trabajo más extenso, hayan servido para aportar algún dato de interés a la mejor comprensión de un fenómeno que está adquiriendo proporciones desmesuradas y que va a incidir sobre nuestro futuro modificando irreversiblemente nuestra cultura.

BIBLIOGRAFIA

- Moneo, R.
 1961 «El poblado dirigido de Entrevías». *Hogar y Arquitectura*, núm. 34. Obra Sindical del Hogar, pp. 3 a 29. Madrid.
- Ministerio de la Vivienda.
 1962 «Plan de actuación en el barrio de Entrevías». Servicio de Coordinación y Programación.
- 1963 «Entrevías», «Nueva ordenación del sector de —». *Hogar y Arquitectura*, núm. 49. Obra Sindical del Hogar. Madrid.
- 1963 «Entrevías», «Barrio de —». Madrid. *Arquitectura*, núm. 58. Colegio Oficial de Arquitectos, pp. 3 a 29. Madrid.

*Departamento de Antropología y Etnología de América.
 Universidad Complutense de Madrid.*

